

EL AMOR A ADRIÁN

I. SU VIDA

1 EL LEPROSO TOCABA en las ventanas para que le diéramos de comer. Era en las noches cuando acudía, en las tardes y en las mañanas lo más que podía. El leproso tocaba en las ventanas para que le diéramos de comer. Era en las noches cuando acudía, en las tardes y en las mañanas lo más que podía molestarnos afuera de la casa eran los albañiles, vestidos con telas de colores grisáceos, las manos ocupadas en hacer ruido golpeando, martillando, cincelando, con las caras listas siempre para ver y silbar a las mujeres de cualquier edad que pasaran por las banquetas.

El leproso tocaba en las noches. Yo lo oía y sacaba envuelta en pánico un plato con comida para que como un perro la devorara.

Me decían que no era cierto, que en la pequeña ciudad ya nadie tenía lepra, pero yo los oía con limpia precisión y creí algunas veces entrever su cara enferma en la oscuridad del jardín a que se asomaba la cocina.

Igual dicen que recuerdo equivocada la historia del último de los Adriaes, pero sé que no me equivoco.

2 ¿No me equivocaré?

Dije que caminaba por las banquetas, pero en las calles de mi ciudad las orillas no tenían cemento.

Si no estaban asfaltadas...

Nadie tenía cómo protegerse del lodo más que saliendo a caballo del patio de la casa.

O nada más no salir.

3 Natalia ¿qué ganas podía tener de salir?

Prefería caminar adentro de su casa.

También considero afortunadas a las águilas vueltas piedra en los portones de los Adriaes, águilas que habían llegado ahí volando a proteger cuanto tiempo existiera la fundación de cualquier Adrián.

Porque hasta quien volara sobre la ciudad llegaría con las alas batidas de lodo.

4 Alguna noche se fue la luz eléctrica. Nos acercamos a la plática de las mujeres; sentadas en la sala hablaban desde sus faldas a cuadros coloradas, tan coloradas que resistían la oscuridad.

Decíamos tonterías para interrumpirlas, cuando un rayo

cayó destruyendo la oscuridad, tornándola de inmediato más densa.

Era honda la noche. Quien se atreviera a salir a la calle quedaría hundido en su negrura y por más que buscara no encontraría el camino de vuelta. Ni siquiera el leproso tocó a la ventana esa noche, no tenía casa para guardarse pero en el monte se ocultó temeroso, como todos nosotros.

5 Me contaron que esa noche centenares de sapos se sumaron a los truenos y la lluvia, estrellándose contra los ventanales de la sala.

Dicen que yo ya estaba dormida, pero ¿cómo no iba a despertarme tamaño destripadero?

6 Lo que es verdad es que a la mañana siguiente, cuando desperté adentro de las sábanas que de tanta humedad también parecían mojadas, un olor insoportable lo invadía todo mientras las mujeres encargadas de la limpieza cantaban tirando baldes de agua en las terrazas, tallando con los cepillos de varas los pisos y con los empapados trapos las ventanas por donde también el agua escurría mientras yo no me preguntaba por el olor sino porque ¿por qué lavaban tanto los rastros de la tormenta?

7 Mi casa, esa mañana, se había convertido en una fuente.

8 Como fuera: esa noche empezó el final de la historia del último Adrián.

Yo hubiera querido casarme con él, creía que yo sí sabía cómo amar a un hombre con su valor y su hermosura y miraba sus dientes admirables pensando "¿por qué no tendré tu edad, Adrián?"

Yo sabía que él no podía ser mío, que sólo era una niña, que él no sabía mi nombre ni cuál era mi casa, nunca me había puesto atención desde su impetuosa juventud.

Jamás imaginó que esa niña de siete años no podía conciliar el sueño por su culpa.

9 De Natalia todos hablaban con desprecio enfrente de mí. Yo adivinaba en sus pláticas que cuando los hombres estaban a solas pensaban de otra manera en ella, porque cualquiera podía ver la belleza en que su carne se encontraba envuelta.

Hablaban con desprecio porque creían que ahí donde ella era toda de oro yo no tenía valor.

10

Antes, cuando vivía su abuela, nadie podía ver a Natalia, porque las dos estaban rodeadas siempre de una nube de polvo, inverosímil entre tanta humedad. ¡Hasta las arañas parecían nadar en las paredes!...

Cuando enterraron a la vieja, sin cajón, en su falda zurcida y vuelta a zurcir, la nube de polvo se hundió con ella. Lo vieron el padre de la iglesia y la hija de la vieja, únicos concurrentes al entierro.

Hasta entonces pudo saberse la belleza de Natalia.

11

Yo no tenía valor (eso creían ellos y Adrián) donde Natalia era su peso en oro. Yo era una niña correcta, correcta y educada. Yo podría haber sido digna de un Adrián si mi edad no lo hubiera impedido. Natalia sería de oro ahí donde yo no podía entrar, pero por supuesto no era a ella a quien debiera tener el último Adrián como esposa.

12

He dicho mal: él no fue el último de los Adriaes. Su padre lo sobrevivió en la tierra aunque sólo unos cuantos minutos.

Pero puede considerarse retórica, convención o adorno este detalle, insignificante en la preparación de quien sí debemos llamar el último de los Adriaes.

13

¿A quién traía Adrián en su pecho enjaulado, a quién o a qué? ¿Era un atardecer lo que guardaba? ¿El llanto de una niña, era? ¿La carrera de un perro en cacería?

¿Qué guardaba que lo hacía no ser Adrián, ser lo que traía guardado en su pecho, creciendo, como pujando siempre, en la lucha siempre, algo que se parecía a una fiera y que tenía al tiempo el carácter de un ángel?...

Adrián no era como nosotros.

En las noches, cuando debía dormir, yo podía percibir su olor desde mi cama de niña.

Olfía a bicho arrinconado, era un cangrejo atrapado en las valvas de la almeja que han puesto en el centro del platillo, perdido fuera del mar a la orilla de la muerte, perdido y prisionero en el centro de un plato por error, porque fue atrapado cuando lo que deseaban pescar eran ostras, no cangrejos bebés, el cangrejo niño de duras tenazas, que de ser llevado sin ser visto a la boca, con la lengua acabaría...

Y parecía llevado por error a mi triste ciudad...

Yo creía ser la única que podría haber regresado el cangrejo a la orilla del mar.

¡Hubiera salvado tantas cosas!

14

Pero no podía haber error en su llegada. No podía haberlo porque su sangre era tan vieja que nadie podía recordar cuál fue el primero de los Adriaes arraigado en la ciudad.

Incluso hubo un cerro más joven que el primer Adrián. Uno que murió antes de que los últimos dos Adriaes fallecieran...

15

Con ellos había llegado el idioma que hablamos los blancos. El idioma que ha triunfado poco a poco sobre las costumbres, el que es razón y no la razón del viento como

la lengua que se habla en el mercado y los portales.

16

¿Cómo hablaría la yerba antes de los Adriaes?

¿A qué olería el campo?

Dicen que el lago no estaba aquí, que para regar las tierras esperaban las escasas lluvias, que toda la extensión cubierta por la mirada era polvosa...

En ese caso, Natalia y su abuela serían mensajeras de la antigüedad y Natalia habría llegado a la vida de Adrián para entregarle la memoria entera de mi ciudad, para que la condujera junto con su pasado a la muerte.

17

Porque es cierto:

Mi ciudad ya no existe. Como iluminados por el sonido de tambores salvajes, en su son nuestros pasos, inyectados de la sangre de Adrián, lo arrasaron todo, bailando con los tambores al ritmo de la muerte.

Lo tiramos todo, lo derrumbamos (los niños, los jóvenes, los viejos) cuando seguimos a Adrián en su último salto hacia la gloria y la eternidad...

La ciudad ya no existe. Lo que el ejército que Adrián comandaba no pudo hacer, lo conseguimos los habitantes. ¡Un dos tres! ¡Eliminar!

18

Porque el ejército del que Adrián ocupara el más alto rango, orgulloso mientras la ciudad lo miraba con odio y el padre con vergüenza, arrasaba las cosechas, incendiándolas, así poblando de miserables los barrios de los más pobres, miserables que habían conseguido escapar a la violencia de la furia del Emperador Diocleciano que tan bien supiera interpretar Adrián.

19

Ese era Adrián cuando era el ambicioso. También inexplicable, porque él no necesitaba del ejército para ser de los más poderosos —sólo un muerto de hambre ingresaba al ejército, porque necesitaba salvar el pellejo arrebatándose a los suyos—, aunque desear el imperio bajo su dominio y su ciudad en la opulencia fuera su para qué ser general. ¡Ay Adrián!, ¡era inútil tu para qué!... Te encargabas de arrasar a los descontentos soñando con después llenar de plata, saqueada en otros lugares, los bolsillos de los tristes habitantes de la ciudad que te vio nacer, ya para entonces agujerados de modo irreversible.

20

Si a su padre le avergonzaba el militar en la familia, y a su madre y a la ciudad toda le enfureciera, Adrián no le daba la menor importancia: sólo pensaba en ser emperador.

Mientras, cumplía con su trabajo; preciso y frío atemorizaba, amedrentaba, y estaba decidido a eliminar a los que renegaran de los dioses porque así lo quería quien podía hacerlo el sucesor del trono.

21

Yo no sabía sus planes. Esto lo comprendí después o me lo contaron o es sólo producto de mi fantasía.

Yo vi que el leproso en lugar de ser uno (golpeando con

los nudillos si aún los tenía o con el tazoncito de cobre en la ventana de la cocina que daba al jardín) se convirtió en dos leprosos, en tres leprosos, en cuatro, en cinco... Yo tenía miedo por las noches. Me imaginaba que los leprosos brincarían por el tragaluz de mi recámara.

Estaban muertos de hambre y no parecían entender que, hicieran lo que hicieran, los mataría la enfermedad, así que enfurecidos entrarían a arrebatarme cuanto hubiera en mi casa...

Yo llenaba el balde de comida y lo sacaba antes de oírlos llegar, pero lo que yo podía sacar no bastaba para saciarlos. Como en la casa nadie me creía, no había quién me quisiera ayudar a alimentarlos.

22

Como perros.

23

Adrián no tenía miedo, Adrián era el lobo de los caminos, era las armas empuñadas contra los desarmados y hacía ir y venir a las patrullas del ejército por la ciudad a todas horas.

24

Como si las patrullas andando por las calles lodozas pudieran representar el salobre trotar de lo que Adrián traía en su corazón enjaulado. Todos vimos cuánto cambió la ciudad con esos pasos, y los grandes y los chicos tuvimos miedo, temíamos atemorizados que Adrián diera la orden de enfundar todas sus armas en nuestros costados.

25

(¡Fuera como el miedo la felicidad, que su propia sustancia lo abona, lo hace proliferar! ... El miedo trae más miedo ... La alegría no se encarga de generar más felicidad)

26

Los niños comprábamos en la pequeña tienda de abarrotes

cebollas encurtidas. Las sacaban de una vitrolera, en medio de chiles y zanahorias, perfumadas con un vinagre que no he vuelto a oler.

Deshojadas las cebollas, nos las vendían en recortes pequeños de papel de estraza, para que las comiéramos con las manos mugrosas.

O si no, chupábamos hielos de sabores, envueltos en bolsas de plásticos que llamaban * y teníamos prohibidos porque decían que estaban hechos de aguas mugrosas cuando en realidad eran, sí, peligrosos, pero porque volvían las calles más anchas y el sol más blanco... bastaba probar de la bolsa del pepito verde limón sabor azúcar para que los muros de las casas se abrieran y las calzadas lodosas se hincharan de irritante luz blanca...

Pero como las caminatas continuas del ejército no respetaban ni el paso de un niño, las cebollas reposaron en las vitroleras sin que hubiera quién se atreviera a comprarlas y los pepitos de anchas avenidas en esa ciudad de callejones estrechos también aguardaron otros días que nunca llegarían para que algún niño les hincara el diente.

27

Ahora que no tengo mi ciudad, que no escucho hace años lengua en las calles o en los campos, veo con asombro que aquella música de fondo que yo jamás entendí podría explicar mejor que yo la historia del Adrián y los recuerdos de aquella pequeña ciudad que a la orilla de la selva se arrullaba como otras a la orilla del mar o a un costado del río.

Porque aunque había río este caminaba por los barrancos, como avergonzado.

El río era el cargador de basura, el recolector de basura y mierda.

* Capítulo inicial de la novela *¿Dónde están?, versión de la vida de San Adrián.*



Cristóbal de Villalpando: *Alegoría de la Iglesia* (detalle)